

De la normalidad

E. Olluc
Centro Médico
Universidad de Chicago, E.E.U.U.

Apenas se examina con detenimiento esta dificultad, se advierte que nos enfrentamos no tanto a una diversidad de realidades como a una pluralidad de significados.

Octavio Paz

¿Tiene algo que decir la ciencia moderna en torno a los monstruos? ¿Existen aún estos seres? La pregunta por lo monstruoso parece hacer referencia a un problema anacrónico, ya que la normalidad en el mundo moderno es un problema estadístico y no hace referencia a formas únicas e inmutables. En el concepto moderno, lo monstruoso aparece como parte de lo normal, es su contrapunto, extremo en un continuo que va de monstruosidad a monstruosidad pasando por la normalidad.

Los "monstruos" resultan de alteraciones que en el proceso de desarrollo puede sufrir cualquier organismo biológico. Lo monstruoso aparece en las ciencias médicas contemporáneas explicado en su causalidad y por tanto se considera un fenómeno conocido. Las causas de la deformidad humana se consideran de dos tipos: I) genéticas, es decir que se deben a una alteración en la información contenida en el código genético del individuo, II) congénitas, esto es, que se deben a una alteración durante el desarrollo del individuo el cual tiene, por otra parte, un código genético normal. En un caso la descendencia recibe los genes anormales y la alteración se transmite a los descendientes; en el otro, el sujeto es genéticamente normal. Claro está, nadie habla de monstruos a pesar de que el mirar algunas deformidades humanas cause escalofrío. De hecho, la idea misma de monstruo causa rechazo entre la comunidad médica que percibe en esta deno-

minación una referencia peyorativa.

Escribe Canguilhem, refiriéndose al problema de definición de la normalidad:

Por lo tanto si lo normal no tiene la rigidez de un hecho de obligación colectiva sino la flexibilidad de una norma que se transforma en relación con condiciones individuales, es evidente que la frontera entre normal y patológico se hace imprecisa. Pero esto no nos conduce para nada a afirmar la continuidad entre una normalidad y una patología idénticos por esencia, a afirmar una relatividad de la salud y de la enfermedad suficientemente confusa como para que se ignore dónde termina la salud y dónde comienza la enfermedad. La frontera entre lo normal y lo patológico es imprecisa para los múltiples individuos considerados simultáneamente, pero es perfectamente precisa para un solo idéntico individuo...

La teratología es la rama de la ciencia que estudia el origen, desarrollo, descripción y clasificación de las malformaciones congénitas en plantas y animales. Éste es un conocimiento cuyas aportaciones han sido sumamente trascendentes, por ejemplo, la observación de que el contacto con el virus de la rubéola durante las primeras semanas del embarazo produce alteraciones congénitas en el feto, o el estudio del nacimiento de niños focomélicos (con un desarrollo incompleto de las extremidades) que fue producto del uso de la talidomida. En la actualidad, el



avance del conocimiento en genética y del desarrollo de los seres vivos, permite manipular sus genes de manera tal que es factible crear monstruos, por ejemplo moscas con varias alas, o con infinidad de pies, moscas que se paralizan con el calor, moscas temblorosas; es también posible activar, suprimir o introducir de manera controlada ciertos genes en animales superiores como la rata; con ello, queda de manifiesto que somos capaces de alterar la forma y función de seres biológicos sujetos a estas manipulaciones, y ¿por qué no? la herencia del hombre. En este caso, quizá, la palabra monstruosidad deba aplicarse a esta sola posibilidad que indudablemente abre las puertas del cielo y el infierno de manera simultáneamente.

¿Qué decir de los monstruos fantásticos, los intangibles, los que aparecen y desaparecen; los que son sutiles y de quienes sólo percibimos su aliento, su presencia? ¿Acaso hemos perdido nuestra capacidad de azorarnos? Parecen haberse esfumado; ya nadie piensa en que un hoyanco es la pisada de un gigante; cuando se descubren destrozos inexplicables se atribuyen a naves extraterrestres, pero nunca más al jugueteo desenfrenado de las salamandras. Los niños ya no se espantan con los gigantes, quizá ni les conocen. Los gnomos están en plena decadencia

y no se concibe más la riqueza como símbolo de su ayuda; seguramente nadie creería que un político honesto se ha hecho rico con la ayuda de un gentil gnomo que habita un árbol de su jardín. Qué decir de las sirenas, ya ni los marineros acuden a su llamado y su canto se pierde en el rumor de la maquinaria de los grandes buques; se sabe que cuando se acercan a los barcos muchas de ellas han muerto entre las aspas de las hélices.

Salamandras, ondinas, silfides, grifos, todos ellos han desaparecido del mundo moderno y habitan la soledad de las bibliotecas. Están todos en el desván de nuestra imaginación y han dado paso a Heman, Superman, Batman y otros manes. Nuestra racionalidad les ha obligado a refugiarse; el mundo contemporáneo ha creado nuevos monstruos, pero éstos son de metal, algunos tienen ruedas o usan corbata y quepi; también los hay plásticos, ni hablar del Nylon, monstruo pegajoso que nos envuelve y acalora.

No cabe duda, al ver algunos rascacielos, que los gigantes han dejado su huella en este mundo; antes eran sutiles, generosos, ahora son inmóviles, de concreto. Ni hablar de las sirenas, las olas sólo piensan en ellas y pretenden imitarlas. Los gnomos discurren sabiamente por los circuitos de las computadoras, en ocasiones nos dan muestra clara de sus caprichos.

Debo añadir, eso sí, que es preferible que las sirenas y otros seres permanezcan alejados del hombre, ya que, si bien antiguamente ellos ejercían una especial fascinación sobre éste y las ninfas podían cautivarle hasta llevarlo a la unión carnal y procreación, actualmente lo más probable es que la ninfa o sirena atrevida que logre entrar en contacto con el hombre termine en una mesa de autopsia en un centro de investigación teratológica, tal como ha sucedido con los fragmentos del cerebro de Einstein, que fueron extraídos para su estudio, o con los múltiples segmentos que se han separado del cuerpo del hombre primitivo que, durante cinco mil años, permaneció oculto, inmóvil, momificado en los Alpes.

La racionalidad del hombre moderno es un cuchillo filoso que todo lo rompe y rasga,

es la curiosidad desenfrenada del niño destructor que se ha convertido en ejemplo de perseverancia e inteligencia. Son los ojos de Superman que miran con sus rayos X a través de los muros, el láser que sondea nuestro cuerpo, la mirada que nos atraviesa y explica.

Imagino el bisturi del cirujano aproximándose a la tenue piel que atraviesa los cuerpos de los mellizos, uniéndolos. La piel que une y separa. El bisturi que secciona el falo del hermafrodita, recorta los pies del gigante, transplanta segmentos al gnomo, bisecta la cola de la sirena. El pic que hace sombra, forzado en el zapato. El bisturi es el símbolo del saber contemporáneo que, siguiendo la máxima del filósofo, ha decidido transformar el mundo, corregir la deformidad, eliminar de nuestro diario hablar la palabra monstruo, imponer la normalidad.

Los monstruos son y serán un elemento indispensable para el hombre que, en ellos, se reconoce como en un espejo, igualdad invertida, similitud que se niega. Los monstruos son nuestra mirada atenta en el alma que descubre la fealdad, la luminosa belleza, lo extraño y recóndito. Seres que nos habitan y asoman por nuestros cuencos cuando la locura se posesiona de nosotros.

En el mundo moderno los nuevos monstruos lo son no por su apariencia, como en la Antigüedad, sino por su comportamiento. El galanteo obsceno con las vírgenes del café es una monstruosidad que recibe castigo, como cadenas recibieron los gigantes Ildebrando y Sigenoto. El vómito, la risa estruendosa, los eructos y el rascado complaciente y sensual son los nuevos monstruos que hacen huir a las jóvenes doncellas y enfadan a sus mancebos. El buen comportamiento, la seriedad, la sonrisa delicada, los dientes bien cuidados y lustrosos, el perfil atlético son la nueva normalidad. Suave, etiquetado, discreto es el fluir de nuestras relaciones. Agazapados, habitándonos, corroyéndonos, nuestros monstruos esperan el momento de la melancolía, la ira, el desenfreno, nos habitan y les damos cobijo. Cuando se expresan damos rienda suelta a nuestros -y sus- deseos; somos perversos, incestuosos, viciosos, pendenciosos; somos melancó-



licos, silenciosos; compartimos con ellos el mundo, su aliento da fuerza a acciones monstruosas que reciben pronto castigo y son reprimidas.

Los monstruos han dejado de asombrarnos, lo mismo que el amanecer no nos conmueve más.

Conocemos los orígenes de la monstruosidad, sabemos del alma y la creación; la fantasía es inútil e improductiva en un mundo profesionalizado y competitivo. Imaginar, fantasear, perder el tiempo en pláticas interminables con seres inexistentes es ser un anormal; en nuestro mundo industrial, postmoderno y ecologista, perder el tiempo en inútiles y excitantes fantasías es visto como algo monstruoso; pero sin duda, lo es verdaderamente la actitud de la madre que gimiendo desesperada decide sacrificar al pequeño que, descuidadamente, descansa haciéndose sombra con su enorme pie.

Bibliografía

Georges Canguilhem, *Lo normal y lo patológico*. Siglo XXI, México, 1978.

Octavio Paz, *Conjunciones y disyunciones*, Joaquín Mortiz, México, 1969.

